Armando Solano

Escribe: J. G. COBO BORDA

Partidario del divorcio y la escuela laica, Armando Solano fue un periodista liberal de izquierda y, ante todo, un boyacense. A pesar de que se calificó a sí mismo como "un durmiente", explicando su repulsa a hablar ante el Senado, al cual concurrió en varias ocasiones, mantuvo, durante muchos años, columnas diarias en la prensa, o en periódicos y revistas que él fundó y vio desaparecer las cuales, antologizadas, se leen todavía con provecho.

Su seudónimo de Maitre Renard ocupa lugar destacado entre los cronistas colombianos, por las virtudes literarias que supo encarnar. Serían estas la perspicacia de su mirada y la sobriedad de su palabra. Digno también de destacarse es su razonado amor por su tierra, la cual infunde a sus textos algo de la variedad apacible de aquellos paisajes, y mucho de su ensimismamiento. Así su prosa, reflexiva y decantada. Sólo con frases precisas parece lícito retratar un ámbito físico más acorde con aquello que llamaban alma, que con la imprecisión de los sentidos. No deslumbra sino que cala, lentamente, con los giros de una conversación llena de pausas. Está metido, hacia dentro.

La imagen unilateral de Solano se enriquece, ahora, con esta recopilación de sus páginas. Ya no será, tan solo, el autor de Glosario sencillo y de La melancolía de la raza indígena, que nuestra rutina editorial repite desde 1925 y 1929, respectivamente. Gracias a una pesquisa de Hernando Mejía Arias, que ahora edita Colcultura, la figura de Solano se volverá aun más compleja. Como el mismo Solano lo explicó en una nota aparecida en "El Tiempo", en 1935, y titulada "Becas en el exterior": "Hay necesidad de matizar, de diversificar, de heterogenizar un poco

este pobre país lúgubremente monótono", añadiendo: "Hay necesidad también de acabar con el tipo de hombre patriota por ignorancia, que anda diciendo que Colombia es el mejor país del mundo, tipo apenas menos ligeramente desagradable que el opuesto: el que dice que nada es peor que su país".

Lector ferviente de Anatole France, al cual rindió varios homenajes, sus temas, como es ya habitual en estos casos, van desde los problemas electorales, la cuestión religiosa, la reforma educativa y la vida municipal, hasta los cuadros incómodos de la miseria, en sus expresiones más menesterosas, pasando por el feminismo y la primera guerra. Son los típicos temas de un periodista liberal, por aquellas fechas, y un repertorio semejante es factible encontrarlo en Sanín Cano o en LENC; en Juan Lozano o en Eduardo Caballero. Entonces, ¿por qué Solano? Porque estos apuntes rápidos siguen siendo interesantes no tanto, quizás, por lo que dicen, como por la forma como están escritos: con inteligencia. Hernando Téllez, en uno de sus "Espejo de los días", fechado en 1935, ha descrito la forma como trabajaba Solano: "Teniendo frente a este amigo (Pedro Blanco Soto) y a otros cuantos, Solano -en "El Diario Nacional"comenzaba a escribir. Echaba casi medio cuerpo sobre las cuartillas, pues su deficiencia óptica lo obligaba a tomar esa postura que siempre encontraba muy incómoda. Solano llenaba cuartillas, innumerables cuartillas con una facilidad que ponía admirativo desconcierto en el ánimo de quienes estaban presentes al acto extraordinario de su alumbramiento intelectual. Parecía así que a Solano no le quedara otra faena, al escribir, que la fácil y sencilla de ir ensamblando uno tras otro los vocablos que se le presentaban con su mejor y más límpido ropaje, pues durante el ejercicio de ella iba soltando esas frases al sesgo en las cuales revoloteaba como un abejorro su delicioso humor urticante".

¿No será este interés por el pasado una forma quizás inconsciente de prolongarlo? Críticos más esquemáticos se han limitado a sustituir la palabra "melancolía" por términos como "explotación", "dependencia", o "subdesarrollo" para explicar así, con una fórmula, la vencida pesadumbre de aquellas gentes, que amó Solano. Pero ninguna actualización ideológica logrará borrar la fluida cadencia de su prosa; fiel al ritmo inalterable de la cosecha; a la levedad, amarilla, del trigo; al temor de las heladas. Conocedora, como ninguna, de los "mil distintos tonos de verde", ordenándose sobre una colina distante. Hondamente

enraizada en la vida cotidiana de sus paisanos, con todo lo que hay en ellos de quietud resignada y de mutismo inalterable. Pero no se trata de hacer sociología barata. Es mejor releer a Solano.

Allí habla la voz de la tierra; esa tierra que hoy constituye, apenas, un motivo para la erosión, por parte de la industria; o para la depredación, gracias al turismo. Es esa voz la que nos cuenta sus milenarios ciclos de sequedad y júbilo, no en la amalgama modernista de La Vorágine sino con una entonación mucho más depurada. Nadie, en este sentido, más auténtico que Solano: siempre tenía, detrás suyo, respaldando cada una de sus frases, el aire exacto de Paipa. No cambió, como Cornelio Hispano, su parcela por el Jardín de las Hespérides. Pero esta sinceridad no solo era emotiva sino también analítica. Trazando, en 1927, el perfil de su generación, dirá: tres generaciones conviven en este año: la que asistió, en una u otra forma, a la guerra civil; la del centenario, a la cual pertenece Solano, y que según su dictamen ya se acerca a "la cumbre melancólicamente dorada de los cuarenta", y la de "los nuevos", a la cual dio la bienvenida, en forma generosa, y con la cual polemizó a través del entonces iracundo Alberto Lleras, desconocedor, entonces, de la virtud de la contemporización.

La primera, según Solano, autora de proezas tan bizarras como estériles, hasta el punto de que sus épicas batallas no habían sido más que piquetes con bala, sintetiza su tarea en la reforma constitucional de 1910.

La del centenario es, en cambio, la generación de la paz. De escritores públicos, de periodistas. Puente entre "el período romántico y metafísico del país y la época industrial que estamos empezando a vivir". Generación impersonal, sin su poeta, ni su crítico, no ha dejado obra completa en ningún campo. Generación mediocre y democrática, "que vale lo mismo que confusa y desordenada", su obra son los grandes periódicos. Periódicos que de 1909 a 1915 están llenos de una literatura optimista, acaso demasiado sonora, llena de nobles utopías. Una prensa doctrinaria donde se sacrificaron tantos ingenios en aras de la contienda cívica.

Este análisis de su propio grupo no es menos certero que el de quienes lo siguen: generación espontánea, carente de lazos con la tradición anterior, debido a la ruptura que produce la primera guerra mundial, la generación de "los nuevos" era hasta ese entonces una generación contemplativa y literaria, para quien la revolución se expresaba en irreverencias tipográficas y vehemencias iconoclastas.

En 1952, cuando junto con Próspero Morales Pradilla, preparaba Solano una selección de sus escritos, selección que habría de desaparecer, en el incendio de "El Tiempo", seguramente debió preguntarse qué significaba tal balance. Nada tan inútil como escribir para los periódicos: un olvido, casi siempre justo, arrasa todas esas páginas escritas con premura. Y en los pocos casos en que una idea subsiste, y llega a incidir en eso que llaman opinión pública, la idea, diluída, vuelta lugar común, ya no es de nadie: el anonimato le quita carácter. Entre su generación, una generación de sombras, y la que le sigue, un reflejo de aquellas sombras, Solano perdura no por lo que pensó, o dijo, sino porque a través suyo la tierra boyacense alcanza su definición más precisa. Una expresión que la prosa de Solano vuelve inconfundible, en su contrapunto de vigor y mesura. El dijo: "La conquista no puede llegar a ningún territorio sino previo el asentimiento inconsciente de quienes lo habitan".

Un derrame cerebral acabó con su carrera de escritor, en 1947, y cuando murió, físicamente, en 1954, ya solo era el último resto de una época deshecha. Es a él, y no a ella, que esta colección de sus escritos rinde homenaje.

serve than the term of the contract of the con

and the stable of the second region and report required the second residence of the second residence of the second region of the second

the state of the second of the state of the

and the second s

office periods to be periods of the periods